

### **3.- LAS VIRTUDES - humildad**



«Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta» (Flp 4, 8).

Muchas veces se ha querido ver la ética cristiana como excesivamente “divina” y poco terrenal. Es decir, para muchos ser cristiano es no ser de este mundo. Sin embargo, no es verdad. Prueba de ello es, como vemos en este texto de Pablo en su carta a los filipenses, que el Apóstol invita a los creyentes a tener una actitud positiva con todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de amable y de honorable; en pocas palabras, todo lo que sea “virtud”.

Y ciertamente la ética cristiana es más que una ética, o sea, mucho más que un código de conducta, unos mandamientos. La ética cristiana es don, es gracia divina. Pero la gracia, como enseñaban los clásicos, “supone la naturaleza”. Por eso, para vivir en cristiano no hemos de despreciar el tratado sobre las virtudes, al contrario, hemos de tenerlo muy en cuenta. Porque toda reflexión seria hecha sobre “la virtud”, nos ayudará a comprender que, en realidad y partiendo de la experiencia concreta del hombre, nuestra vocación es una sola: la divina; y ésta no es negación, sino afirmación y plenitud de todo lo humano, que no tiene otro origen sino Dios.

Todo ello lo reconocemos muy bien plasmado en este otro texto de la segunda carta de San Pedro:

«Poned mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la paciencia activa, a la paciencia activa, la piedad, a la piedad, el amor fraterno, al amor fraterno la caridad» (2 P 1, 5-7).

Por tanto, vamos a entrar a considerar, aunque sea brevemente, qué entendemos por “virtud” y cómo todo ello nos ayuda a descubrir y proponer las virtudes cristianas como plenitud de la vocación a la que es llamado todo hombre.

## ➤ VIRTUD - VIRTUDES

Según nos dice el Catecismo, virtud es, «una disposición habitual y firme para hacer el bien». Es decir, podemos hablar de virtud no solo cuando esporádicamente sentimos la necesidad de hacer una obra buena, sino cuando existe en nosotros una determinación constante y verdaderamente estable de hacer el bien. Juega, pues, un papel determinante la voluntad decidida inequívocamente a realizar el bien. Lo cual se pone de manifiesto porque de las intenciones se pasa a los actos. De hecho, como también señala el Catecismo, “virtud” tiene que ver con “fuerza”, porque empuja a la persona en todas sus dimensiones, las espirituales y las materiales, a buscar y realizar el bien. Por tanto, solo en los hechos concretos se pone de manifiesto la verdad de la virtud; sin hechos, podríamos concluir, no hay virtud que valga.

La definición que nos da el Catecismo sobre “la virtud” añade que «permite a la persona no solo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma». Nos acercamos, pues, a otra de las acepciones del término “virtud”. Porque “virtud” también es capacidad o potencialidad para realizar algo. Y los seres humanos tenemos muchas capacidades y potencialidades que necesitan ponerse en acto. Desde el punto de vista creyente, diríamos que Dios nos ha dado muchos dones y cualidades que “naturalmente” hemos de desarrollar y poner en práctica; en esto tenemos una gran responsabilidad. Las virtudes son las fuerzas que ponen en acto nuestras capacidades y las desarrollan naturalmente.

El Catecismo también nos dice que “las virtudes” son fuerzas que nos permiten, entre otras cosas, regular nuestros actos, ordenar nuestras pasiones, y guiar nuestra conducta según la razón y la fe. Así pues, gracias a las virtudes, cualquier persona puede llevar con facilidad y gozosamente una vida moralmente buena.

Dicho lo cual, puede parecer que en esto de las virtudes todo es fácil y sin esfuerzo. Sin embargo no es esa la realidad. Las virtudes son “fuerzas”, “capacidades”, “potencialidades” que hay en nosotros para poder realizar siempre el bien; pero requieren de nuestra voluntad, de nuestra determinación constante y firme, como acabamos de señalar. Y ello supone, por nuestra parte, esfuerzo y lucha por adquirirlas, mas, gracias a ellas tendremos más fácil perseverar en la práctica del bien. Ciertamente, siempre hemos de contar con la gracia de Dios y con la asistencia constante del Espíritu Santo. Pero sin olvidar, como ya hemos señalado, que “la gracia supone la naturaleza”. O sea, que si en nosotros está la disposición a obrar decidida y firmemente el bien, con todo lo que supone de discernimiento constante, lucha y esfuerzo, la gracia, entonces encontrará el terreno abonado, y vendrá a dar plenitud a

la potencialidad de las virtudes. De lo contrario, las virtudes serán potencias que no llegan a ser actos y, entonces, ¿de qué sirven?

Pues bien, los religiosos, en tanto en cuanto, están llamados a seguir a Cristo (cf. Mt 19, 21) como lo único necesario (cf. Lc 10, 42), dejándolo todo por Él (cf. Mc 10, 28) y entregando su vida al servicio de Dios, están urgidos especialmente, según señala la doctrina del concilio Vaticano II, a la práctica de virtudes muy concretas, sobre todo la humildad, la mortificación y la paciencia.

Estas virtudes, según señala igualmente el Concilio Vaticano II, ayudan a servir a Dios imitando a Jesucristo y por eso las debemos favorecer.

La *humildad*, en primer lugar, por ser la virtud que se encuentra en la base de todas las otras. Si el orgullo es la raíz, el origen y el padre del pecado, la humildad es el principio del retorno a Dios.

La *mortificación* como la esencia del cristianismo, pues no hay cristianismo sin cruz.

La *paciencia* como la virtud necesaria para vivir una vida humilde y mortificada.

Estas tres virtudes son en las que se van a fijar los ojos Marcos y Gertrudis como el traje máspreciado para agradar al Esposo.

«Habiéndolas el Señor escogido para Esposas suyas, es necesario que se adornen al uso y según el gusto de su amabilísimo Esposo Jesús Crucificado, lo que harán singularmente con la humildad y mortificación».

### **3. 1 HUMILDAD**

El profundo conocimiento de la condición de criatura y la experiencia de la grandeza y de la majestad de Dios (Sal 8; Ex 3, 5-6), del poder por Él demostrado al obrar la liberación de su pueblo (Ex 19, 4), fundamentan en el pueblo hebreo la disposición a la humildad. Frente a Dios, el hombre no es sino barro (Gn 2, 7), polvo y ceniza. Humildad, por tanto, es la virtud moral por la que el hombre reconoce que por sí mismo no tiene nada, que todo depende de Dios y que a Él le corresponde toda la gloria.

Así, pues, la humildad, es la virtud que nos capacita para reconocer nuestra verdad: por un lado, nuestras posibilidades y capacidades que son un don que debemos desarrollar y poner al servicio de los otros, y, por otro, nuestras debilidades y limitaciones con las que

hemos de contar, creando así la posibilidad de confiar más en Dios y menos en nosotros mismos, al tiempo que reconocemos la necesidad de los otros.

El ejemplo de Cristo nos enseña que la humildad no nace tanto de la bajeza y pobreza humana, como de la grandeza y del amor de Cristo, Hijo de Dios: «El cual, siendo de condición divina..., se anonadó tomando la forma de esclavo... apareció bajo el aspecto de hombre, se humilló todavía más, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2, 6-8). Por eso, se humilló por debajo de todos para salvarnos a todos. Este ejemplo de Cristo forma como el paradigma de la vida del cristiano.

La predilección de Jesús por los pobres y por los pequeños, concretamente probados por la humillación, es de las cosas más evidente en el Evangelio: Cristo ha venido «a llevar la buena nueva a los pobres» (Mt 11,5) y da gracias al Padre por haber revelado el Evangelio a los pequeños y haberlo ocultado a los sabios (Mt 11, 25). Por tanto, para entrar en el Reino, es necesario ser pobres de espíritu (Mt 5,3), reconocer humildemente la propia condición de pecadores (Lc 18, 9-14) y buscar los últimos lugares (Mc 9, 34-35). No es, sin embargo, suficiente ser materialmente pequeños y pobres; sólo quien se humilla (Mt 23, 12) y se hace pequeño como un niño (Mt 19, 14.30) será grande en el Reino de los Cielos.

En esto precisamente se gloría San Pablo, en despreciar su propia justicia y en buscar la que se obtiene por la fe y que procede de Dios, para así tener una íntima experiencia de Cristo, del poder de su resurrección y de la comunión en sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos (Flp 3, 8-11). Así cae por tierra toda altivez y orgullo, ya que nada es mérito, sino que todo es gracia (cf. Rm 11,6). En realidad es el mismo Dios quien activa en nosotros el querer y la actividad para realizar su designio de amor (cf. Flp 2,13). Y es Dios también el que, por su Espíritu, nos revela su sabiduría, la que de antemano destinó para nuestra gloria (cf. 1Co 2,7). Dios nos da fortaleza y resistencia en nuestros trabajos. Como dice Pablo, «he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (cf. 1Co 15,10b).

En el periodo patrístico encontramos numerosos escritos dedicados a la humildad, ya que esta virtud no fue considerada simplemente como una más, sino como la disposición que se encuentra en la base de cada virtud. Los Padres son unánimes en proclamar que *el orgullo* es la raíz, el origen y el padre del pecado; si éste fue la causa de la caída, *la humildad* es el principio del retorno a Dios. Así lo expresaba San Basilio en una de sus homilías sobre la humildad:

«No se gloríe el sabio de su sabiduría, no se gloríe el fuerte de su fortaleza, no se gloríe el rico de su riqueza. En esto consiste la sublimidad del hombre, su gloria y su dignidad, en conocer dónde se halla la verdadera grandeza y adherirse a ella, en buscar la gloria que procede del Señor de la gloria».

«Lo que hemos de hacer para gloriarnos de un modo perfecto e irreprochable en el Señor es no enorgullecernos de nuestra propia justicia, sino reconocer que en verdad carecemos de ella y que lo único que nos justifica es la fe en Cristo».

Con toda razón el Concilio Vaticano II hizo un llamamiento a toda la Iglesia en su misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el Reino de Dios y de Cristo que vino a servir y a dar su vida en rescate por muchos (cf. Mc 10,45), guardando sus mandamientos del amor, la humildad y renuncia. Todos los cristianos son llamados a imitar y dar testimonio de amor y humildad, pues sirviendo a Cristo en los demás, podrán llevar a sus hermanos al Rey, para quien servir es reinar. De una manera especial, el Concilio resalta la humildad como primera virtud y esencial en la vida religiosa para llevar a cabo la obra de Cristo renunciando al mundo y viviendo únicamente para Dios.

Por su parte, para el padre Marcos la invitación que hizo Jesús: *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón*, le marcó su propio estilo de vida. Era fruto de una experiencia profunda de encuentro con el Señor, que le invitaba a ser testigo de su amor y humildad. Y esto mismo fue algo que quiso dejar claro a la Hermana Filipense: que la humildad es la virtud esencial si se quieren tener las demás.

«Atienda bien nuestra Hermana al texto de este capítulo en que se le dice que viene para ser humilde y ser humillada, porque sin la virtud de la humildad, ninguna podría tener» (Instr. 38).

En el contexto de la imagen de hombre y de espiritualidad propias de su tiempo, Marcos nos transmite que la Hermana Filipense ha de tener un corazón humilde si quiere ser portadora del rostro y de las palabras de Jesús. Quien se puso al servicio cuando podía haber sido servido; se hizo pobre siendo Rey, se despojó de su categoría de Dios; y todo para salvarnos y ganar el corazón del hombre para Dios.

«Cuánto interés debe poner cada una en aprender de tan humilde Esposo, pues siendo Dios se hizo hombre para salvarnos y redimirnos, siendo Señor se hizo esclavo sometiéndose al mandato y disposición de sus mismos enemigos, siendo santísimo no desdeñó en conversar con los pecadores para ganarles el corazón y convertirlos,

¿podríamos nosotras prescindir de aprender de Él? ¿Tendríamos valor para obrar de un modo diferente?» (Instr. 38).

Para conseguir esta virtud de la humildad es necesario un trabajo continuo en nuestras inclinaciones del querer ser más y mejor, de ser alabadas, de querer ser tenidas en cuenta más que las demás, del querer ocupar los mejores puestos, etc. Actitudes y deseos que surgen como consecuencia de nuestro afán de tener y poseer y de dejarnos arrastrar por ellos. Lo cual nos lleva a mantener una actitud orgullosa, impidiéndonos reconocer los valores de los demás y arrastrándonos, en cambio, a buscar tan solo el éxito personal. Vemos ahí clara la necesidad de un esfuerzo continuo para luchar contra nuestra natural inclinación de pensar ser más y mejores que los demás, y que nos hace creer que todo nos es debido y que es nuestro derecho.

El padre Marcos, en sus instrucciones, ponía en guardia a sus hijas ante tan pernicioso vicio, exhortándolas a tomar el camino contrario, o sea, el de tener un bajo concepto de sí mismas, rechazando e incluso aborreciendo las alabanzas humanas que hinchan el corazón, pero que lo dejan vacío (es bueno entender aquí que Marcos toma esta postura en el sentido expresado anteriormente de no caer en una estructura jerárquica de considerarse unas hermanas superiores a otras, no tanto por el hecho de despreciarse a uno mismo sino valorar al otro, para ello, muchas veces, debemos abajarnos nosotras). En definitiva, de lo que se trata es de imitar la humildad de Nuestro Señor Jesucristo, de identificarse con Él, que fue despreciado por los hombres y exaltado por Dios. La humildad es el único camino que permite al hombre hacer experiencia del amor de Dios, la soberbia, en cambio, la hace imposible.

«No se adquiere fácilmente esta virtud de la humildad, sin un continuo trabajo y éste debe tender principalmente a contrariar las propias inclinaciones que por lo regular son de parecer más que las otras y brillar en cualquier cosa que se haga más que otra.

Y entienda que cuanto más procurara y buscara ser despreciada por Jesucristo, tanto más será amada por Él, porque ama de modo especial a los humildes» (Instr. 39).

Fiel al espíritu del evangelio y buscando que sus hijas imitaran fielmente el ejemplo de Jesús, en sus instrucciones sobre la humildad, el padre Marcos propone vivir esta virtud no sólo como la aceptación de nuestras propias miserias o incapacidades, que hemos de reconocer y vencer, sino sobre todo en la aceptación de las contrariedades que provienen del trato con los demás. Éstas son una excelente ocasión para ejercitar esta virtud.

«La humildad no sólo debemos practicarla venciéndonos en cuanto aquellas pasiones procedentes de nuestra propia miseria, sino en lo que nos contradice por parte de los demás, que proporciona al que quiere practicar la virtud de ser humillado» (Instr. 44).

Esta actitud es de una gran eficacia, entre otras cosas, para la vida fraterna y apostólica, posibilitando y facilitando el diálogo y abriéndonos a tener disposición y ánimo prontos para acoger y considerar la postura de los demás, liberándonos de absolutizar la propia.

«Acuérdense que el verdadero humilde no tiene voluntad propia, juicio ni opinión, siempre quiere más el parecer de los demás que el suyo...» (Instr. 45).

Y, por tanto, aunque en ocasiones surjan conflictos y tensiones, estos no se convierten en un muro infranqueable que impida seguir adelante en la tarea, que es mayor y más importante que las mezquindades humanas, pero que, sin embargo, tantas veces hacen imposible llevar a término grandes obras y proyectos.

«No se resiente, se alegra de los desprecios, ama al que le persigue, no se acuerda de las injurias...» (Instr. 45).

Así se evitan juicios que a menudo impiden continuar con la tarea común y que a larga nos encierran en absurdos individualismos que no conducen a nada, pues nos quemamos, impidiéndonos seguir adelante.

«Se compadece de los defectos de otros; nunca ambiciona nada, se alegra del bien de los otros...» (Instr. 45).

De este modo, se posibilita realmente la tarea común y el verdadero espíritu de obediencia, permitiendo que funcionemos como un solo cuerpo, aun siendo muchos miembros.

«No rebaja a nadie por más que haya motivo, todo lo echa a buena parte y se cree inferior a todos. No olvidemos esto; que si lo practican, en pocos años harán rápidos progresos en el camino de la virtud, que les asegurará el paso tan difícil y arriesgado para la eternidad» (Instr. 45).

Los beneficios de todo ello no son sólo para la comunidad y la obra común. El padre Marcos concluye subrayando cómo esta virtud de la humildad contribuye a progresar rápidamente en las demás virtudes de la vida cristiana y se convierten en garantía de la vida eterna, donde los humildes encontrarán su última recompensa.